

creencia en común, de fundar una familia espiritual con la cual comparta o pueda compartir más tarde la misma convicción, el de dirigirse hoy o mañana, desde lo alto de su idea, a la humanidad entera, de dar abiertamente por la palabra en comunión, su verdad al último que pasa; porque la más santa ambición del hombre, su gloria más grande bajo el sol, es la de influir sobre el hombre para edificarlo, para mejorarlo, para regenerarlo, elevándolo en piedad y conocimiento». El ha dicho también, respondiendo anticipadamente a los que no admiten la libertad del error: «No podría haber libertad para lo verdadero si no la hubiese para lo falso; porque es precisamente esta alternativa lo que constituye la esencia de la libertad.

El decía también, respondiendo anticipadamente a los que aseguran que, desde el momento en que una ley está votada, ella es sagrada, y que no se puede hablar de tiranía cuando se habla de la ley: «¿La ley lo ha dicho todo cuando ha dicho: yo soy la ley? ¿Personifica ella, por sí misma, la Justicia? ¿No tiene que llenar alguna otra condición para justificar su pretensión y para ordenar la obediencia? ¿Pero si cada vez que la injusticia ha querido tomar un nombre respetable, ha tomado la forma de la ley para herir a sus víctimas! ¿Pero si es con la ley en la mano como el vencedor ha proscrito siempre al vencido, y si se tomara tal código de circunstancias, redactado bajo el pretexto de salud pública, se haría brotar de él la sangre como de una esponja!»

El decía además: «Si el despotismo de raza ha desaparecido de la escena, ha dejado tras él un bas-

tardo que no quiere otra cosa que recoger su herencia: este bastardo es la salud pública. La salud pública tiene naturalmente por misión salvar al pueblo; salvarlo de todos modos, salvarlo ya sea en nombre de la libertad, ya sea en nombre del orden, poco importa, con tal que lo salve y que él pague convenientemente el mérito de su salvación.»

Así hablaba Eugenio Pelletán en su hermoso libro *Los Derechos del hombre*.

Su muy digno hijo, brillante heredero, sostenedor y defensor de las tradiciones paternas, ha tenido el mismo lenguaje, con la misma firmeza y la misma intransigencia: «La libertad consiste en poder abrir escuelas y no en hacerlas retribuir por el presupuesto».

Así han hablado todos los republicanos de principios, mientras no han estado en el poder, dejando de serlo cuando se han hallado en el gobierno, alumbrados por *luces nuevas que el poder da siempre a los que lo ejercen*¹ y que, por consiguiente, se me excusará de no conocer en manera alguna.

Los partidarios de la Enseñanza del Estado responden con dolor y terror: «Pero dejar la enseñanza del país a la iniciativa privada y colectiva, es dejarla al clero católico, es dejarla a los Jesuitas y a los Religiosos». Yo contesto: «Y a los protestantes y a los frac-masones y a los judíos. Es dejarla a todo el mundo, a todos los que quieran enseñar y que tiendan a enseñar, es decir, que tengan convicciones profundas y un ardor de apostolado, y es

¹ Suena aún en nuestros oídos la gran respuesta con que cerraba frecuentemente las discusiones el «gran scholar» costarricense: «¡Ay, amigo, se ve bien que usted no ha sido nunca Gobierno!»—L. D.